

Se sentía Ortega acongojado cuando oía hablar de España a los españoles. Y no es para menos. Tenemos un algo que nos hace considerarnos peores de lo que somos, y por si fuera poco ahí están los mitos, exageraciones y mentiras que la leyenda negra proclama solemne sobre nosotros, y que también (y tan bien) nos hemos creído nosotros mismos; mucho le costará a María Elvira Roca Barea desmontar nuestro auto-pesimismo, por muy documentado y bien traído que esté su 'Imperiofobia y leyenda negra'.

En fin, amable lector veraniego: habrá comprobado que a las primeras de cambio me estoy enrollando y que esto augura mala cosa para un artículo estival, al que probablemente se le pida un tema menor, ligero, digestible, que no amargue la siesta. Lo comprendo. Pero no he podido resistirme a empezar así toda vez que hoy me he propuesto traer aquí uno de esos aspectos bizarros de nuestra idiosincrasia (que igual coincide con la de otros países, sobre todo latinos, supongo): nuestra capacidad de juzgar y sentenciar, nuestra propensión a encontrar con infalibilidad remedio para todo.

Hace ya algún tiempo que abandoné el ilustre (no tan ilustrado) cuerpo de los catedráticos de taberna, arbitristas que, en proporciones etilicas adecuadas y en medio de un torbellino de aceitunas que van y vienen; de copas que se llenan, rebosan y hasta se desparman; del humo de cigarrillos pertinaces (en esto acertó Zapatero, qué bien, oigan, que suprimiera esas nubes tóxicas); de voces que claman «llena» o «danos la espuela»; arbitristas, digo, que se encuentran con arrestos suficientes para proclamar sin temor a equivocarse verdades como templos. En las tabernas se arregla todo: tenemos soluciones que otros no son capaces de encontrar en sus despachos y que nosotros, con unos vinos y con la punta de la nariz, aportamos estentóreamente a la raza humana. Nada hay que nos haga apearnos de nuestra razón. No hay tertulia que resista nuestros argumentos. No hay técnico ni político que entienda mejor que nosotros los problemas ni que tenga la capacidad de hilvanar mejores soluciones. Catedráticos de taberna, especie española de la que un servidor, felizmente, se declara emérito. Me conformo con opinar donde me dejan, con argumentos mejor o peor traídos. Pero renuncio a la categórica exposición etilica.

En fin, les digo todo esto porque hace unos días conocí otra versión del catedrático de taberna, reunido en impar (y, en esta ocasión, supongo que abstemio) claustro. Mientras esperábamos a que nos atendiesen en la ITV, trámite engorroso pero necesario, y en tanto se abría el establecimiento, el público se impacientaba. Estábamos a la sazón seis o siete españoles (y una española, no sé si es esto ortodoxo y en las

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

CATEDRÁTICOS DE TABERNA (Y DE OTRAS CURIOSAS FACULTADES)

«No hay tertulia que resista nuestros argumentos...»
¿Cuáles son los motivos que llevan a un individuo a abrazar
la doctrina de los cafres? ¿Desahogo frente a la sociedad opresora?»



Un camión se dispone a pasar la ITV. :: now

«En las tabernas
tenemos soluciones
que otros no son
capaces de encontrar
en sus despachos»

«Los funcionarios
somos gente de mal
vivir, teniendo mucha
culpa de nuestra mala
fama»

«Uno de los aspectos
bizarros de nuestra
idiosincrasia es nuestra
capacidad de juzgar
y sentenciar»

citadas de la ITV deben respetar la paridad) y como tardaban en abrir (en realidad todo estaba dentro del horario anunciado), los que esperan se empiezan a remejer, hasta que arranca la lección magistral de uno de los catedráticos que no tarda en ser reforzada por sus colegas, si bien lejos del aula magna de la taberna, en oportuna comisión de servicio a las puertas del establecimiento público en el que controlan el estado de nuestros automóviles.

El que supongo decano empieza por demostrar contra la tardanza en la apertura, que perturba la mañana de los trabajadores que tienen que acudir a sus asuntos o negocios: Que si no hay derecho, que si antes no se pasaba ninguna ITV y no ocurría nada, que esto es solo una sacaliña. Fin de la primera lección. Enseguida toma el relevo otro ilustre orador. Mira por el ventanal y se refiere a los trabajadores que están dentro como «mastines del Estado». Debe de ser catedrático de materia agraria, por tan rústica y sutil expresión, de la que no alcanzo a comprender su significado. Otro tercia: «Y estos indígenas cobran más de mil euros». Vaya, debe parecerle una cantidad exorbitante la que esos «indígenas» (¿serán nativos de la ITV?) perciben. Sigue otro docente: «Pues seguro que los coches de la Junta no pasan la ITV», cosa que corroboran sus colegas mientras cabecean asintiendo y se ajustan el birrete: «Como que viene uno con los papeles de todos los coches, los sellan y marchando», asegura un experto, aunque esa tesis es inmediatamente corregida por otro que seguro que dedicó su doctorado a esta materia: «Ni hablar, ni siquiera vienen, los mandan por correo...» Y, para rematar, uno que callaba sentencia, retomando la cuestión de la tardanza en abrir: «Y no protestéis, que entonces os podéis preparar...»

En fin. Quien les escribe guarda prudente silencio, junto con la señora que conforma la ilegal (por no acorde con las preceptivas cuotas) representación femenina; no me apetece entrar en polémicas con tan ilustres personalidades. Mucho menos perteneciendo al cuerpo de los «mastines del Estado», ese al que tantos de los que tantas protestas elevan se dirigen muchas veces en busca de recomendaciones y atajos... Y como no se les facilitan tales antinomias, los funcionarios somos eso, gentes de mal vivir. Reconociendo que tenemos mucha culpa de nuestra mala fama, tanto catedrático filosofando me provoca indigestión. Pero somos así, qué se le va a hacer.

Por cierto, a los dos o tres días, cuando volví con otro coche a pasar la ITV, me encontré con un trabajador de la Junta de Extremadura haciendo lo propio con un vehículo oficial: como cualquiera, eminencias. Digo esto por a si los expertos a los que antes me refería les parece oportuno utilizar el dato en sus atinadas investigaciones. ¡Señor, qué cruz más grande!